


REVISTA DE LIBROS

Comentario bibliográfico

Caroline Dodds Pennock, *On Savage Shores. How Indigenous Americans Discovered Europe*. (Nueva York: Alfred A. Knopf, 2023).

Laura Sánchez

Universidad de Buenos Aires / ISP Joaquín V. González

lausanchez@gmail.com

Fecha de recepción: 30/04/2024
Fecha de aprobación: 05/05/2024

Desde el primer viaje de regreso de Colón hacia Europa, hubo nativos americanos transportados hacia ese continente. El propósito del trabajo de Caroline Dodds Pennock es comprender y dar a conocer el lugar que tuvieron estos viajeros en la construcción de la Europa Moderna, una presencia largamente invisibilizada en el imaginario de la época. ¿Qué recorridos realizaron? ¿En qué condiciones fueron transportados? Estos viajes, ¿fueron voluntarios o coercionados? ¿Qué vínculos establecieron los europeos con estos nativos que comenzaron a circular por Europa occidental? ¿Qué imagen de los americanos se di-

fundió en los inicios del mundo moderno? Pennock busca el rastro de estos viajes y de estas personas para reconstruir, como piezas sueltas de un rompecabezas, la imagen de una Europa moderna mucho más diversa de lo que tradicionalmente se ha presentado.

La autora, profesora de la Universidad de Sheffield en Reino Unido, es especialista en el mundo azteca y en este libro amplía su mirada a una diversidad de espacios tanto americanos como europeos. Dirige este libro no sólo a los especialistas en el ámbito americano sino también a modernistas y a todo aquel interesado en la historia global. A lo largo de los capítulos, la autora navega entre los panoramas generales y los casos particulares con una narrativa fluida, ejercitando con precisión el análisis de los documentos y también planteando las preguntas necesarias para imaginar cómo llenar los espacios en blanco. Los protagonistas de estas historias aparecen brevemente y (salvo casos excepcionales de dinastías muy documentadas, como las vidas de Martín Cortés —el hijo de Hernán Cortés y Malintzin— o de Francisca Pizarro Yupanqui —la hija de Francisco Pizarro y de una hermana de Atahualpa—) es muy difícil reconstruir sus historias completas. Vemos escenas, flashes de una película mucho más larga. Pennock rastrea los pasos de estos nativos en documentos publicados e inéditos, como los textos de conquistadores como Colón o de Cortés, autores de tradición indígena como Diego Muñoz Camargo o Fernando de Alva Ixtilxochitl, libros de viajes de Jacques Cartier, Thomas Hariot o Walter Raleigh, entre otros. También menciona el relato del cautiverio de Hans Staden en el actual Brasil, entre otros textos que circularon en la época construyendo el imaginario sobre el canibalismo; y recorre los archivos españoles analizando documentos judiciales donde los nativos esclavizados reclaman por su libertad, y cita a testigos, como Pedro Mártir, de eventos en la corte donde se presentaron los tesoros, objetos y personas de América. Los decretos reales y los libros contables le permiten ver los aspectos materiales de las vidas indígenas y, de esta forma, reconstruir los recorridos y los modos de vida que llevaban en Europa.

El texto fluctúa entre biografías, interpretaciones puntuales y análisis globales, a la vez que vuelve a las escenas para llevarnos a repensar las imágenes tradicionales que tenemos sobre las ciudades europeas de la modernidad temprana. Comienza con un mapa con las regiones y poblaciones americanas y europeas trabajadas y una tabla de referencias cronológicas. Cuenta con un prólogo titulado “Por qué importan las palabras” y una introducción. El núcleo del texto está

formado por los seis capítulos organizados temáticamente y cierra con un epílogo y un glosario. En medio del libro, se hallan veinte imágenes (ilustraciones, pinturas y fotografías) fundamentales para afianzar el ejercicio de imaginación propuesto por la autora; un ejercicio de imaginación no en un sentido de fantasía o falsedad, sino en esfuerzo que debemos hacer para modificar la *imagen* que tenemos de la Europa del período y para adentrarnos en la que tenían los propios europeos de sus contemporáneos americanos. En cuanto al marco temporal, su línea de tiempo finaliza en 1607, con la fundación de Jamestown, el primer asentamiento permanente inglés en el actual Estados Unidos.

En el prólogo, la autora explicita su objetivo: trabaja contra el intento colonialista de borrar las identidades nativas, antes y ahora, desde la conversión al cristianismo en el siglo XVI hasta las escuelas residenciales norteamericanas de fines del siglo XIX e inicios del XX que, en su afán de “matar al indio y salvar al hombre”, secuestraron y mantuvieron cautivos a miles de niños indígenas en escuelas religiosas. Aclara que el uso del término *salvajes* en el título del libro busca invertir las expectativas de los conquistadores y también las de los lectores contemporáneos (p. XIV).

En la introducción, presenta a los totonacas que fueron llevados a España en 1519, como un regalo político al emperador para obtener apoyo para la campaña de Cortés. Pennock plantea que “ellos también eran exploradores, pioneros, buscadores de caminos para su gente, y embajadores ante un emperador extranjero. Las personas indígenas eran parte de la sociedad europea desde los momentos más tempranos del imperio” (p. 1). Recuerda que los nombres de estos viajeros no son muy conocidos; en algunos casos, sus historias se reapropiaron y se narraron nuevamente a la manera occidental, como “Pocahontas”, que en realidad se llamaba Matoaka y era una joven powhatan que falleció en Inglaterra antes de cumplir veintidós años. “Es tentador decir que las voces de los viajeros indígenas se ‘perdieron’, pero en realidad raramente fueron registradas en primer lugar, al menos en escritura alfabética” (p. 7). Otro de los objetivos explícitos del trabajo es pensar el impacto de estos viajeros en su contexto: “Este fue el momento en que las conexiones globales de nuestro mundo enredado se forjaron de manera inexorable, y a veces violenta, en una confluencia cosmopolita, compleja y recíproca de ideas e influencias.” (p. 18).

En el Capítulo 1, “Esclavitud”, analiza el contexto legal de los indígenas, los debates que se generaron y las prácticas judiciales que habilitaron. Pennock se pregunta: “cuando perdés tu voluntad y tu libertad, ¿importa el hecho de que seas o no técnicamente un esclavo? Había muchas categorías de dependencia y coerción que se superponen en este período, formal e informal” (p. 41). De algún modo sí importaba dicho estatus legal en estas vidas, sus posibilidades y su capacidad de defenderse de esa opresión. ¿Qué tipo de personas eran y qué derechos tenían bajo el dominio español? El debate sobre el estatus legal fue incesante; se generaron leyes protectoras y también excepciones, dado que, aun buscando evitar la esclavitud de la totalidad de los nativos, se los podía esclavizar si eran caníbales, si habían sido capturados en “guerra justa” o si eran sujetos de *rescate*, “salvados” de un destino como el sacrificio o la esclavitud de alguien no cristiano. Muchas veces el tráfico humano se realizaba para “compensar” los gastos de viaje de una campaña poco redituable. Así, varios fueron trasladados hacia España como forma de pagar una deuda o comerciados para complementar la carga de una mercancía con poco margen de ganancia (como el palo brasil). Después de 1542, muchos indígenas aparecen en los archivos en distintos alegatos por su libertad, lo que genera una extraordinaria oportunidad de conocer sus vidas, sus puntos de vista y sus reclamos, como los de Francisco y Juana, originarios de Guatemala, que reclamaron haber sido esclavizados cuando eran niños y fueron declarados libres en 1559, tras lo cual regresaron a América junto con su hija. Al mismo tiempo, había formas de disimular la esclavitud, estableciendo categorías raciales que, al negar la protección legal que otorgaba el carácter de indio, entraban en una zona gris: “la esclavitud indígena se esconde tras eufemismos como *encomienda*, *repartimiento* (distribución) o simplemente *esclavo*, términos que oscurecen los derechos de los vasallos en tanto *indios*” (p. 70).

En el capítulo 2, “Intermediarios”, Pennock señala que la barrera lingüística en los primeros encuentros era total y, por lo tanto, el rol de los intérpretes era clave. Los europeos empezaron a secuestrar personas con el objetivo urgente de convertirlos en intérpretes. Muchos de ellos fueron bautizados y renombrados con nombres hispánicos. Con la práctica de la interpretación, se abrieron posibilidades para los sobrevivientes del embate de la guerra y las epidemias, en especial para varones de las élites nativas educados en Europa. La autora incluye a los mestizos en este proceso, como Diego Valadés, un misionero que se convirtió en el primer mestizo de la Orden

franciscana en México y viajó al Vaticano, donde escribió la *Retorica Cristiana*, un trabajo “transatlántico, que estaba destinado a ayudar a la evangelización en México” (p. 83). Como él, los intermediarios no eran sólo traductores de la lengua sino también de la cultura. En este capítulo no faltan personajes fundamentales de la historia de México, como Gonzalo Guerrero y Jerónimo de Aguilar, ambos náufragos que vivieron en Yucatán con los mayas y aprendieron su lengua, o Malintzin, doña Marina o Malinche, mujer nahua esclavizada por los mayas que se convirtió en intérprete fundamental. Aunque apenas fue mencionada por Cortés en sus cartas, estuvo en el corazón de los acontecimientos y en su vida: en 1522 nació el hijo de ambos, Martín Cortés (que aparece en el capítulo 3) “Malintzin es un símbolo tangible de los agentes indígenas muchas veces ocultos, pero que están en el centro de esta historia” (p. 91). Otro proceso desarrollado en este capítulo es el de colaboradores indígenas que participaron de los trabajos de Sahagun (en la elaboración de su *Códice Florentino*) o Hariot, quien publicó la *Brief and True Account of the New Found Land of Virginia* en 1588, considerada el primer alfabeto algonquino, con la colaboración de Manteo y Wanchese, nativos norteamericanos, llevados a Inglaterra por la expedición de Raleigh en 1584.

En el capítulo 3, “Familiares y amigos”, pone el foco en Essomericq, el hijo de un jefe guaraní del sur de Brasil, que llegó a Francia en 1505 y fue bautizado y adoptado por el francés que lo trasladó, Binot Paulmier de Gonneville. Essomericq, rebautizado *Binot* como su padrino, nunca regresó a América, se radicó en Francia con Gonneville y finalmente se casó con una pariente de él, con quien tuvo catorce hijos, y estableció una dinastía con poder local. Los ejemplos y biografías de familias transatlánticas pueblan las páginas de este capítulo, donde Pennock ilustra la historia de los vínculos de parentesco, las identidades difusas, el mestizaje y las derivas de la memoria de estos eventos. Más allá de los casos resonantes, señala que no es nada fácil seguir estos recorridos. Además, recuerda que las mujeres nativas casi nunca elegían libremente su destino ni las condiciones de la relación familiar, aunque alrededor de “un tercio de los hombres españoles en las Américas podrían haber estado casados con mujeres indígenas en el período temprano colonial (...) y muchas más mujeres indígenas estaban sometidas a violencia sexual” (p.131). No era usual el regreso a Europa con esposas o amantes indígenas, a menos que fueran de estatus alto. En esos casos muchas familias se partían, cuando los hombres se llevaban a España a los niños, dejando a las madres indígenas en América.

Pennock titula su capítulo 4 “Las sustancias de la vida”¹, que trata sobre aquellos productos americanos que tuvieron un recorrido global. Busca deliberadamente un término que evite la mercantilización de esas sustancias/objetos (como podría ser “recurso”, “bien”, o “mercancía”): el término *stuff* la ayuda a contar, a través de las trayectorias de los bienes, las historias de los rituales, las prácticas y las personas que los llevaron a Europa. Resalta que en general la relación con la tierra estaba basada en la reciprocidad, la articulación comunitaria del acceso a los bienes. En este punto, consideramos que el capítulo se vería aún más enriquecido con la explicación y el análisis de la reciprocidad, las formas de acceso a los recursos y la variedad de estrategias económicas desplegadas en el mundo andino. Si bien es imposible abarcarlo todo en un libro de estas características, no podemos no pensar en esta situación cuando lo leemos desde Sudamérica. Más allá de eso, en este capítulo la historia de los textos se mezcla con la historia de los productos: viajaban las personas, los códices y los productos como el tabaco, el cacao, el maíz, las plumas de quetzal. Tales productos formaban parte de rituales como la preparación y consumo del chocolate entre la élite azteca o las ceremonias de paz con tabaco en tribus del este norteamericano. Cuando analizamos los cambios en la producción, el lenguaje y el uso de estos productos, sin embargo, notamos que no han registrado quiénes usaron esas palabras o prepararon los alimentos: “tanto las personas como las plantas estaban insertas en los flujos de información, bienes de ideas que regularmente cruzaban el Atlántico (...) puede resultar más fácil detectar las *commodities* porque eran valuadas, registradas y fijadas en los textos” (p. 169).

En el capítulo 5, “Diplomacia”, analiza a través de situaciones puntuales el ejercicio de los distintos líderes locales en el reclamo de sus derechos. Por ejemplo, don Francisco Tenamaztle, cacique del sur de Zacatecas que participó de la Guerra del Mixtón y fue apresado como líder de la rebelión; preso en Valladolid, solicitó los servicios de Bartolomé de Las Casas como defensor y juntos denunciaron los abusos y la explotación de los indios. Tenamaztle murió en España antes de haberse resuelto su caso. Otros grupos se volvieron diplomáticos luego de la alianza con los invasores, como los tlaxcaltecas, que buscaron capitalizar su estatus privilegiado como aliados principales de los conquistadores españoles. Pennock señala que, de todos modos, los resultados no siempre eran favorables a los peticionantes: en varias situaciones los americanos murieron en Es-

1 “*The stuff of life*” en el original, que podría también traducirse como “Las cosas de la vida”.

paña sin lograr sus objetivos o regresaron a América con las manos vacías. Otros relatos que pueblan este capítulo son el de Francisca Pizarro, que se asentó en España y se vinculó políticamente con la nobleza local; el de Diego de Torres y Moyachoque, que llegó reclamando por los derechos de autoridad en su territorio y se terminó convirtiendo en un luchador “por el buen trato de todos los pueblos indígenas del Nuevo Reino de Granada” (p. 188).

Inicia el capítulo 6, “Espectáculo y curiosidad”, con la descripción de un desfile en 1550 en Rouen, para homenajear la entrada de Enrique II y Catalina de Medici. En este evento, entre otros grandes espectáculos, se elaboró una réplica de “una villa de Brasil”, con personas adornadas como la gente de la zona de donde viene el palobrasil; un folleto menciona la presencia de 50 “salvajes auténticos”, recién traídos de su país. “Armados con arcos y flechas, los aldeanos le disparaban a las aves y descansaban en hamacas” (p. 205). Esta imagen tenía un fuerte simbolismo en un contexto de disputa entre las potencias portuguesa y francesa en Sudamérica, dado que en la audiencia había diplomáticos de distintos lugares de Europa. “Ya sea que la representación de la villa fuera certera o no, el conocimiento de Brasil y su gente se estaba volviendo más común en Francia hacia mediados del siglo XVI; con autores muy leídos como André Thevet y Jean de Lery que cubrían el comercio del palobrasil y el relato de Hans Staden de su cautiverio” (p. 210).

Otros pobladores americanos vistos como una curiosidad, desde una mirada exótica, fueron los inuit, exhibidos en Londres al punto que Shakespeare los menciona en *La tempestad* en 1610. Esta fascinación exótica no cambió demasiado con el paso del tiempo: vale recordar las imágenes de los indígenas norteamericanos en la época victoriana y también la práctica del coleccionismo, con la inclusión de muchos objetos americanos en los “gabinetes de curiosidades”. “Las colecciones eran una expresión poderosa de autoridad y prestigio, tanto para los poderes colonizadores como para los individuos. El lugar de los museos y la etnografía creando y reproduciendo narrativas de supremacía blanca y europea en la era victoriana (...) es muy conocida” (p. 221). En estos contextos circularon los códices mexicanos, al punto que muchos de ellos llevan los nombres de las ciudades donde fueron encontrados o los nombres de su coleccionista (y no de la comunidad que los produjo). Pennock nos recuerda que no sólo los objetos sino también las personas fueron exhibidas a conciencia para beneficio de las sociedades europeas (y, podemos agregar, también en las nacientes repúblicas americanas, como la exhibición de nativos patagónicos en el Museo Nacional de La Plata). “Los coleccionistas del siglo XVI, en su celo por poseer objetos prestigiosos, e incluso personas, contribuyeron a la creación de clasificaciones y jerarquías de cultu-

ras, personas y ‘razas’” (p. 226). Para finalizar, Pennock selecciona una historia trágica, la de los inuit (adultos y niños) que fueron secuestrados en el norte canadiense por Martin Frobisher y exhibidos en ciudades británicas por unas pocas semanas hasta su muerte.

La historia de los viajeros indígenas en Europa se sigue escribiendo, con las luchas por las repatriaciones de objetos y restos humanos en museos europeos y norteamericanos. Este libro no trata solo sobre el pasado sino sobre el presente, sobre la continuidad de las prácticas coloniales, sobre las formas posibles de reparación, si es que existe la posibilidad de una reparación. Citando a Leila K. Blackbird, una historiadora de ascendencia apache y cherokee, “Para muchos, si no todos, los pueblos indígenas, no hay separación entre el pasado y el presente. Está en formas tradicionales de conocimiento y creencia que todos los tiempos y todas las historias están interconectadas y coexisten, cruciales para la cultura y el bienestar. Consideramos que esas conexiones son sagradas” (p. 242).

Como balance final, cabe señalar que me acerqué al libro con un prejuicio: ¿tomará Pennock bibliografías producidas en América u ocurrirá, como en muchos otros casos, que los europeos sólo leen europeos? Me complace decir que dicho prejuicio fue desterrado: tanto las investigaciones citadas como las fuentes son diversas y, aunque siempre algunas comunidades, historias o relatos quedan afuera de la selección final, se logra un libro conciso, claro y bien narrado que hace honor a las personas de cuyas historias se alimenta. En algunos puntos, tal vez, necesita explicitar demasiado su objetivo reparador y sus críticas al imperialismo europeo, algo que tal vez cobra más relevancia pensando en un público de su continente. A lo largo del trabajo, y con una perspectiva amplia, Pennock logra dar cuenta de un “caleidoscopio cultural”, acercando historias de violencia, de posesión, de exhibición, pero también de diplomacia y de redes familiares a uno y otro lado del Atlántico. ¿Alcanza con un libro académico para cambiar la historia? Definitivamente no, pero posibilita incluir el tema en la discusión pública, en un país y un continente altamente implicados en el desarrollo de estas historias. ¿Cómo puede dialogar este texto con nuestras historias nacionales americanas, con la relación que establecen nuestros pueblos con las comunidades nativas, con la memoria de las comunidades? Lo sabremos cuando contemos, próximamente, con la versión en español de este trabajo fundamental para todos aquellos interesados en la historia americana, la historia moderna, la historia indígena, la historia global, pero, sobre todo, en las historias profundamente humanas.